

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscripción Mensual: \$ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: \$ 3.00
EL AÑO: \$ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York



Pegaso en el pesebre

Madera de Emilia Prieto

El recitador González Marín

Por EMILIA PRIETO

= Colaboración. Costa Rica y octubre de 1937. =

Sea por insuficiencia de cultura o por un gusto exigente y malcontentadizo, sucede a veces, como en mi caso particular, que no logramos alcanzar por ningún medio la plenitud del deleite estético, si la conciencia no anda entre nos a toda holganza y comodidad. De tal modo, no sería posible que se la viniera a halagar en estos momentos con España del folk-lore y del costumbrismo y de la aparatosa indumentaria regional a lo Zuloaga.

Las costumbres... es decir, el diario repetir lo establecido y aceptado pueden llegar a lo pintoresco, pueden hallar en último término la resonancia de su ritmo cálido en nuestro subconsciente, pero nadie podrá negar que todo ese orden de cosas sentimental en último análisis, lleva dentro de sí un mundo de errores, y el explotarlos como artículo comercial es oficio de traficantes. Se me dirá que el error no excluye la belleza.—de acuerdo—pero también hay una belleza austera, limpia, de sugerencia diáfana en esa verdad aparentemente insulsa de que 2 y 2 sean 4.

Recordamos entonces a González Marín cuando recita "Soy español" de José María Pemán—una de las poesías que mejor le vienen al recitador y a sus propósitos. "Soy español, no estoy traducido", dice el estribillo reforzado ya de sobra, por ese repertorio hecho para ir dejando la viva impresión de la España secular de los dolores profundos y la cristiana resignación, la de la proverbial sensualidad que anda siempre en arreglos con el transporte místico y el místico consuelo, de esa España de la original alegría que irrumpe en jotas y castañuelas y panderos o sea en dos palabras la España que no admite traducción. Es hábil el recurso y lo-

gra impresionar. Suena bien al oído chauvinista ese: "no estoy traducido". Los que aún creen en la pirotecnia y la prestidigitación aplauden deleitados.

Pero, ¿podría ser traducido un hotentote? En el sentido de Pemán traducirlo, sería civilizarlo y eso no le haría tanto daño. Además habría que convenir por otra parte, en que tampoco conoceríamos a Homero si los traductores no hubieran puesto su autenticidad a la altura de las lenguas que hoy dominamos. De modo pues que el peligro no está en traducirse sino en descastarse. Cuando aquí se dice—traducirse, está cometándose el abuso poético, que es mucho más que la licencia, de tergiversar el sentido de una palabra hábilmente, maliciosamente, para decir con ella todo cuanto está por fuera de su significado y para crear esa jerga regresiva, peligrosa y contra la que creo de vital importancia que nos cuidemos, tan explotada hoy por los jinetes del Pegaso burgués. Son precisamente esos españoles que no admiten que la España auténtica vaya traducéndose a las nuevas modalidades políticas, que son la idiomática progresiva de la historia, los que se han destacado entregándola al invasor extranjero para que la violente en el sentido de ponerla a hablar ese dialecto oscurantista y odioso que es el fascismo. Son éstos los que no admiten que España evolucione aunque para ello es bien sabido que no tiene por qué perder el espíritu. La quieren como siempre, rezando rosarios y trisagios, reverenciando reyes y nobles crapulosos, sorteando toros y llorando eternamente y sin protesta el acerbo dolor de la miseria y la deshonra con la cruz en el pecho, porque eso ha sido lo español según ellos. Y pensa-

mos entonces otra vez en la palabra ingeniosa, usada dentro del ritmo agradable de la sonoridad poética, hecha para explotar al pobre diablismo de las plateas que se llama público y para más confundirlo y más perderlo. Arte execrable por malabarista! Coro nefasto de sirenas en cuya magia negra de condenación habrán de caer siempre cuantos sean menos prudentes que Ulises y sus compañeros en la migajita fatal y proverbial!

Ha sido oyendo al recitador González Marín que hemos visto crecer de nuevo, en toda su espléndida pompa de jabón, esa belleza que recurre a colores y a ritmos y a contorsiones y a toda clase de ditirambos y triquiñuelas, para imponerle con su gramática parda, el eterno tema de la particular e individual conveniencia al auditorio bobalicon.

Y ahora vamos con el recitador "puro y simple" y situémoslo con relación a un poeta de nuestro particular interés—es decir, con relación a Darío. Nos da muy malas cuentas de Darío. Hecho a interpretar lo popular español con la hábil comicidad que eso requiere, sucede que en el caso de Darío el cómico y el declamador anulan al poeta. Para esa subjetividad tan de buena ley que dicho sea de paso llega a lo excelso en Poe—Berta Singerman, pero nunca González Marín—porque de ser un intérprete sensiblero a ser un intérprete intelectual hay mucho camino que recorrer. Por reforzar esta mi manera de sentir concretémosla con el caso de los *Motivos del Lobo*, ese drama de vida interior en que, como ya lo sabemos, uno de los personajes es varón que tiene corazón de lis, alma de querube y cuerpo celestial. Considerando esta obra de Darío así someramente estaremos de acuerdo en que no hay ni puede haber en ella visosidad de colorines ni relumbrón de lentejuelas. Es tan sólo la lucha intensa entre la bestia y el santo... "y el viento del bosque llevó su oración que era Padre Nuestro que estás en los cielos."

Si tenemos luego el cuidado de leer los versos anteriores a éstos no nos hallamos, según el autor y las profundas razones estéticas que sigue al crearlos, con el santo que reza elevando manos y miradas al cielo, pues que aquí la oración fué un acto del alma, quizá sólo en la evangélica vez, tan pensada, tan filosóficamente sentida y musitada como ahora la ha insinuado Darío en boca de Asís. Entonces—por qué lanzarla al recitar con atronadores acentos de proclama política, siendo por otra parte el viento del bosque quien la "lleva" y no el huracán de las tempestades quien la arrastra? ¿Por qué esa cosa sutil y bendita, magistralmente creada por el poeta, ha de interpretarse cayendo en el lugar-común de alzar la cabeza y fijar las miradas en lo alto, imprimiéndole a las manos un ademán suplicante y teatral, si Rubén Darío se ha guardado muy bien en sus *Motivos del Lobo* de ponerse a explicarnos cómo rezan los obispos? Cuando en su verso se refiere a la oración—y es llevada por el viento. El santo discretamente ha sido alejado y de él sólo queda la luz de la gracia poética dentro de la que se mueven, como en lo propio, las figuras del genio rubeniano. Pero González Marín, por su propia cuenta y

(Pasa a la página anterior)